

BETINA.- Es que a mí nada me distrae. Capto, como dices las inflexiones de voz... los sentimientos y percibo... percibo todo, Alfredo.

ALFREDO.- *(Pensativo.)* Cierto... percibes todo... entonces ¿Te has dado cuenta? ¿No es así?

BETINA.- ¿De qué hablas?

ALFREDO.- De que Cecilia y yo... *(Pausa larga.)*

BETINA.- Sigue, te escucho. *(Sonríe.)* Soy toda oídos.

ALFREDO.- Me he estado escondiendo... inútilmente, lo sé. Entre tú y yo no hay secretos. Nunca los ha habido.

BETINA.- Nunca... tienes razón. Pero ahora...

ALFREDO.- Si ya lo sabes ¿por qué me haces decirte? Te has dado cuenta desde el primer día, cuando empezó todo hace seis meses.

BETINA.- ¿Y por qué no me lo dijiste, qué te detuvo? ¿El sentirte responsable? ¿El no querer abandonar a... Betina... porque está ciega? ¿Por eso? ¿Fue por eso? Dime ¿por lástima? ¡Quiero que me lo digas!

ALFREDO.- *(Se para, da unos pasos en silencio, pensando cómo abordar el tema.)* Cuando avisaron del accidente y de la muerte de mamá...

BETINA.- *(Impaciente.)* ¿Qué tiene que ver esto con mi pregunta?

ALFREDO.- Mucho, tiene mucho qué ver.

BETINA.- Empezabas a hablar de Cecilia y ahora... rompes el tiempo para hablar del accidente. ¡Por Dios, Alfredo!

ALFREDO.- ¡Óyeme, tengo que hacerlo! Porque de otra manera no entenderías el por qué de mi conducta.

BETINA.- ¿El "por qué" de tu conducta? *(Pausa.)* Que estás enamorado ¿no es así? Sé franco y dímelo, tan simple como eso. Y que yo... soy un estorbo, lo reconozco pero...

ALFREDO.- *(La abraza.)* No eres un estorbo, Betina, es lo que quiero explicarte. Papá fue dado de alta, al día siguiente. Aparentemente iba muy bien. Sufría... la muerte de mamá y no sé qué le dolía más, si eso o cuando supo que el golpe que recibiste en la cabeza causó tu ceguera. Tú, su "hijita adorada" como solía decirte... lloraba tanto y... me tomaba la mano y... y la apretaba, casi me hacía daño cuando nos quedábamos horas junto a tu cama *(Pausa.)*

BETINA.- ¿Me podrías servir un poco más de café por favor? Siento la boca seca.

ALFREDO.- Sí *(Lo sirve, también sirve en su taza y se sienta de nuevo.)*

BETINA.- Yo de nada me daba cuenta, de nada.

ALFREDO.- Estabas inconsciente. *(Pausa.)* Entonces, allí espontáneamente sin que él me lo pidiera, tal vez para que sintiera algo de consuelo le dije: "Papá, yo te ayudaré a cuidar a Betina ¡siempre!" Le di mi palabra ¿lo entiendes? Él me abrazó, dijo muchas veces "Gracias" y lloró de nuevo pero ahora su llanto era diferente. No te lo puedo explicar sólo te digo... era diferente.

BETINA.- Ya muchos años te sacrificaste por mí... ahora... ahora es justo que vivas tu vida.

ALFREDO.- No ha sido un sacrificio. Los dos nos hemos acompañado y vivido con alegría... Tú me alegras Betina, te admiro por la fortaleza de carácter... por... por haberte podido sobreponer y valerte por ti misma.

BETINA.- ¿Lo ves? Me lo estás diciendo, yo puedo valerme por mí misma.

ALFREDO.- *(Como si no oyera lo último.)* Una semana después recuperaste la conciencia y desgraciadamente papá murió esa tarde.

BETINA.- Olvidalo ya, olvidalo.

ALFREDO.- ¿Olvidar?

BETINA.- Eso no es lo que quiero decirte sino que ¿qué objeto tiene estarlo repasando?

ALFREDO.- Porque quiero que te des cuenta de la lucha interna que he vivido desde que conocí a Cecilia. Te quiero mucho hermanita, pero de Cecilia estoy enamorado, muy enamorado, no como las otras veces que fueron aventuras solamente.

BETINA.- ¿Y ahora qué harás conmigo? Ahora que sí vas en serio. Esa es tu pregunta ¿no?

ALFREDO.- Sí... no, no es eso, sino que quiero que se conozcan, que se traten y... pensar que en un futuro... no muy lejano podamos vivir los tres.

BETINA.- *(Repitiendo pensativa.)* Los tres, los tres... no, tú... tú ya cumpliste con lo que ofreciste a papá. Además... yo te libero de esa promesa. Piensa que puedo irme una temporada con la tía Licha, me lo ha pedido tantas veces.

ALFREDO.- Ni me lo digas, la tía ya está muy grande y creo que...

BETINA.- Ajá, ¿no podrá cuidarme? *(Pausa.)* Ahí en Houston está el doctor, el que me vio de niña... sería la oportunidad de... y con lo que podemos obtener... si Luna se interesa... tal vez...

ALFREDO.- Eso es lo primero que tengo en mente, tu operación...

BETINA.- Y tu boda, supongo que ya lo habrás pensado.

ALFREDO.- Realmente no hay prisa, Betina, nos hemos estado tratando y... queremos estar seguros antes de llegar al matrimonio. Ahora que ya lo sabes todo será más fácil.

BETINA.- ¿Me quieres decir que se han estado viendo a escondidas, como dos chiquillos?

ALFREDO.- A escondidas precisamente no pero... no quería lastimarte... no...

BETINA.- *(Algo irónica.)* Cecilia... ¿tampoco quería lastimarme o fue solamente idea tuya?

ALFREDO.- ¡Vamos ¡muy bien! Betina, pero no me gusta nada ese tonito irónico que estás tomando. No la conoces siquiera y de nuevo ya la juzgas. *(Se oye el timbre del teléfono. Alfredo va a contestar. Es Cecilia quien llama.)*

ALFREDO.- Bueno... *(Con mucha alegría.)* Cecilia, mi amor, ¡qué bueno que llamas!... ¿Te extraña que te hable así?... Es una sorpresa, Betina, está a mi lado... sí... ya lo sabe todo... sí, está encantada con la noticia... ella quiere que seamos muy felices... ¿No me crees?... ¿Qué, el que está aquí a mi lado y lo sabe?... ¡Ah! *(Cambiando a serio.)* Ahora tú... ¿Por qué no habría de estar contenta? Ya le expliqué y... quiere conocerte, *(Betina se levanta, recoge las tazas y las lleva a la cocina. Alfredo sigue hablando con Cecilia.)* te lo digo en serio. Se me ocurre... antes de la cita con Luna, que hoy, por ejemplo platicáramos aquí los tres... No se conocen y... estoy seguro de que cuando platiquen... por supuesto, a las dos las quiero... es diferente, muy diferente el cariño entre hermanos y tú y yo... *(Se oye ruido de agua y platos a través de la cocina.)* Está bien... te lo pido como un favor muy especial... ¿Entonces vienes?... Gracias. La cita la puedes hacer para el día siguiente, Betina y yo iremos en autobús... Es que yo no puedo manejar en carretera... tú lo sabes... es un trauma lo reconozco, y tal vez con el tiempo me descubras más... Te espero... a la una treinta está bien... Aquí comeremos en la casa, Betina cocina sabrosísimo, ya verás.

OSCURO

2º ACTO

Al abrir el telón se escucha una música suave. Betina prepara la mesa con servicio para tres personas, en eso se escucha el timbre. Betina se inquieta un poco, se quita un delantal que trata de poner en el respaldo de su silla pero se da cuenta que no lo colocó bien y se cae al suelo. El timbre de nuevo. Trata de recoger nuevamente el delantal. Ahora sus movimientos no están tan seguros por el nerviosismo. Por fin lo coloca. Se dirige a abrir. Cecilia entra muy bien arreglada.

CECILIA.- Hola... soy Cecilia.... Supongo que tú eres Betina. *(Le tiende la mano. Advierte que no será correspondida y se acerca a besarle la mejilla.)*

BETINA.- ¡Qué tal, Cecilia! Adivinaste soy Betina, la hermana menor y... muy fácil de reconocer porque soy ciega.

CECILIA.- *(Turbada.)* No, yo... sé que solamente viven tú y Alfredo y... pues por eso.

BETINA.- Todas las cosas deberán llamarse por su nombre, para qué suavizar las palabras ¿no crees?

CECILIA.- Sí, a mi también me gusta ser franca... ¿Alfredo... no ha llegado?

BETINA.- No, ¡Ay, pero por Dios! Qué mal educada soy. Pasa y siéntate. Supongo que traes abrigo, puedes dejarlo sobre cualquier silla. ¿Te gustaría tomar un refresco o quizá un aperitivo, un jerez, por ejemplo?

CECILIA.- *(Camina hacia la sala, se sienta.)* Está bien un jerez y ya estoy sentada.

BETINA.- Sí, me di cuenta.

CECILIA.- Yo puedo servirte si me dices donde está.

BETINA.- Gracias, estamos en mi casa así que deja que yo te atienda. *(Va a la cocina. Cecilia, la sigue con la mirada con curiosidad y asombro. Luego se pone a observar todo a su alrededor.)*

CECILIA.- Sólo quería hacerme útil.

BETINA.- *(Regresa con tres copitas y una botella sin charola. Las pone sobre la mesa que está frente al sofá.)* Creo que Alfredo me subestima. ¿No te ha dicho que yo aquí hago todo como cualquier ama de casa?

CECILIA.- Pues... él me dice que...

BETINA.- Ya me doy cuenta... piensas que dependo totalmente...

CECILIA.- Alfredo me comenta que desde niña... cuando... el accidente...

BETINA.- Fue un poco después. Los dos primeros años los pasé con mi tía Licha la hermana de mamá...

CECILIA.- ¿La que vive en Houston?

BETINA.- Ella fue una gran ayuda para mí. Me llevó a una escuela para invidentes y allí aprendí... primero a aceptar mi situación... después... todos los demás conocimientos te van llegando poco a poco... cuando hay voluntad.

CECILIA.- Debiste sobreponerte a muchas cosas, supongo.

BETINA.- También aprecias todo lo bueno que tienes. Después de todo lo único que me falta es la vista pero por diez años vi.

CECILIA.- *(No sabe qué contestar. Ve su reloj y se inquieta.)*
¿Qué habrá pasado con Alfredo? Casi son las dos. Creí que al llegar lo encontraría aquí...

BETINA.- Tal vez lo entretuvo algo en su oficina o lo hizo a propósito para que tú y yo platicáramos... solas.

CECILIA.- Tal vez...

BETINA.- Sírvete, por favor y te pido que me sirvas a mí también.

CECILIA.- *(Se para, sirve las copas, le da una a Betina quien extiende su mano y la toma segura.)* Ya está.

BETINA.- Lástima que no ha llegado Alfredo pero... brindemos por él y por la felicidad de los dos. *(Beben.)*

CECILIA.- Por los tres, diría Alfredo, él siempre te incluye.

BETINA.- Qué bueno que lo dices... de eso hablamos esta mañana y le dije que yo me puedo ir con mi tía, una temporada, y aprovechar de ver un buen oculista, ya que la medicina ha adelantado ¡tanto!

CECILIA.- Mucho, sobre todo en los últimos años, ahora se practican operaciones que antes parecían imposibles. Eso sí, son muy costosas.

BETINA.- Estoy consciente de eso. De ahí la importancia de que el señor Luna, a quien tú conoces, se interese en los dibujos y...

CECILIA.- Falta que los vea y verifique su autenticidad... pero... ¿son tuyos, o de Alfredo?

BETINA.- De los dos. Hasta este día... de los dos... en adelante... Pero fui yo quien hace unos meses los encontró en un viejo baúl que Alfredo ya quería tirar...

CECILIA.- ¿Tú los encontraste? Pero si no puedes... ¡Ay! Discúlpame *(Se turba.)*

BETINA.- *(Algo pensativa.)* No hay cuidado, estoy acostumbrada... Te sorprendería saber todo lo que podemos hacer los ciegos, lo que reconocemos a través del tacto y percibimos... mucho más que algunos de ustedes que cuentan con sus cinco sentidos.

CECILIA.- Lo que pasa es que nunca me había tocado... tratar a... alguien como tú.

BETINA.- Comprendo. En cambio yo... con lo que hemos platicado siento que puedo decir que te conozco. Y dime ¿vives con tus papás?...

CECILIA.- Sola, vivo sola, desde que me divorcié. De eso hace ya tres años.

BETINA.- ¿Y no tuviste familia?

CECILIA.- Dos hijos... Uno... murió...

BETINA.- Qué lástima... debe ser muy triste...

CECILIA.- Sí, máxime cuando te culpan. *(Pensativa, recordando.)* "Por descuidada" me decía él. En realidad lo que sucedió fue que... murió bronco aspirado, tenía seis meses. Le di su biberón... pero llamó el teléfono, era una amiga... me entretuve sólo unos minutos platicando y cuando regresé a su cuna... El otro, David, tiene seis años. Vive con su padre. Lo veo cada quince días, solamente un rato.

BETINA.- Lo has de extrañar mucho. Dicen que a los hijos...

CECILIA.- Por eso me lleno de trabajo, de actividades, para no pensar. Y ahora Alfredo ha venido a llenar mi vida... Créeme que me la ha cambiado. *(Va subiendo el tono de voz.)* Y lucharé por conservarlo siempre. No me volverá a pasar... nunca, nunca.

BETINA.- Nadie te lo quitará, cálmate, puedes estar tranquila... Siempre que lo ames con un amor sin egoísmo él no querrá separarse de ti. *(El ambiente se torna algo denso. Se escucha que se abre la puerta de entrada.)*

ALFREDO.- Llegué por fin. *(Duda a quién saludar primero, pero Cecilia da la solución al acercársele a abrazarlo y besarlo. Él la separa suavemente y se dirige a Betina.)*

CECILIA.- Mi amor, ya estaba desesperada. *(Luego quiere componer lo que dijo y que Betina percibe.)* Pensé que te podría haber pasado algo, por eso... por eso... aunque te diré que aprovechamos para platicar...

BETINA.- Sí, platicamos... mucho. No te puedes imaginar cuánto. Vienes helado Alfredo. ¿Sigue haciendo frío?

ALFREDO.- *(Se frota las manos para calentarlas, se quita su chaqueta.)* Sigue muy frío, pero ya aquí adentro qué distinto. Debo disculparme por la tardanza pero estuve recibiendo unos pedidos. ¿Y de qué han platicado? ¡Ahh! Y ya hasta tienen su jerecito, ¿brindaron por mí?

CECILIA.- Por nosotros. Yo dije que por los tres, que tú así lo hubieras dicho. ¿Qué tal?

ALFREDO.- Muy bien ¿y qué nos ha preparado Betina para la comida?

BETINA.- Tengo todo listo para traer una pasta que es de último momento, la que te gusta, con mariscos.

CECILIA.- Si es la que te gusta voy contigo Betina, así aprendo tu receta.

BETINA.- Prefiero que acompañes a Alfredo a tomar su aperitivo.

CECILIA.- De acuerdo. Tú ordenas. *(Cecilia sirve el jerez a Alfredo y ella se sirve de nuevo. Los dos chocan las copas mientras Betina sale a la cocina.)*

OSCURO

CUADRO 2

La comida ha terminado. Alfredo ayuda a llevar todo lo de la mesa a la cocina, mientras Cecilia se retoca los labios.

CECILIA.- Definitivamente quiero la receta. También el postre, esos pastelitos...

BETINA.- El postre, es lo más sencillo, sólo ir a la pastelería y pedirlos, de los que parezcan caseros... bueno, eso en mi caso, en el tuyo, escogerlos, los que se vean más apetitosos.

ALFREDO.- Betina, la pasta ni le expliques, mejor tú nos la sigues preparando ¿no crees Cecilia?

CECILIA.- Sssí... pero tendrás que privarte de ella mientras... el tiempo que dure en Houston con su tía... porque eso ya lo decidió Betina.

ALFREDO.- ¿Cómo, Betina? ¿Lo decidiste sin contar conmigo? Nunca nos hemos portado así.

BETINA.- Yo... lo comenté con Cecilia como una posibilidad... pero...

CECILIA.- Bueno, tú dijiste lo de ver al doctor y... a mí me pareció importante, imagínate que le dijeran que su problema ya tiene solución con sólo operarla. ¡Sensacional!

ALFREDO.- ¡Estupendo! Y ahora poniendo los pies en el suelo... lo que debemos hacer es pensar en la cita con Luna.

CECILIA.- La cita ya está. Es mañana a las cuatro. ¿Les parece bien?

BETINA.- Lo que diga Alfredo. Yo no tengo ningún pendiente. Por lo pronto los dejo. Voy a la cocina a recoger todo. *(Sale. Cecilia, se levanta, va hacia Alfredo y se sienta sobre sus rodillas. Se acarician y besan. Así permanecen unos minutos. De pronto se oye el cerrar de una puerta. Cecilia, se para, compone su pelo y su ropa. Alfredo se limpia la mancha de lipstick de sus labios. De nuevo se oye ruido de platos y las puertas de los gabinetes de cocina.)*

CECILIA.- ¡Ay! No sé por qué... me paré. Tan bien que íbamos y total Betina aun que entrara no... *(Risa nerviosa.)* no vería.

ALFREDO.- *(Serio.)* Betina, es muy sensible. Se da cuenta perfecta de todo lo que sucede.

CECILIA.- ¡Uyy! ¿Un vigilante entonces? Los dos somos adultos, sabemos lo que hacemos y queremos.

ALFREDO.- Estoy consciente, claro. Pero yo siempre la respeto y...

CECILIA.- Ya, ya lo entiendo. Mira... lo que podemos hacer mañana, al terminar la cita es que... *(Pausa.)* ¡Ya lo tengo, ya lo tengo! Lidia, mi amiga ¿la recuerdas? Te la presenté... la que trabaja en la Clínica...

ALFREDO.- Creo que sí, sí la recuerdo ¿y?

CECILIA.- Se me ocurre... puedo pedirle que recoja a Betina... podría ser en el café ¿qué te parece? Hablaré con ella y estoy segura...

ALFREDO.- Vas muy rápido, no te sigo...

CECILIA.- Lidia tiene a sus papás acá y todos los viernes al salir del trabajo se viene a pasar el fin de semana con ellos. Es

nuestra oportunidad... Betina regresaría segura y tú y yo podemos ir al bar donde está un pianista de jazz ¡buenísimo! Y después ¡la noche entera para los dos!

ALFREDO.- La idea es muy seductora. Pero Betina... no conoce a Lidia, llegarían acá de noche y...

CECILIA.- ¿Y qué? Dices que para ella siempre es de noche, le daría igual ¿no? *(Pausa.)* ¿Qué te pasa Alfredo?

ALFREDO.- ¿Que qué me pasa?... No debemos decidir por ella, cuando menos preguntarle...

CECILIA.- ¡Ay! Cuando estamos solos tu actitud es muy diferente y... es así como te quiero... me encantas, me trastornas, diría yo... Pero... aquí... cerca de ella... Te vuelves tímido, retraído como si... ella te tuviera dominado. ¡No es justo! *(Voltea a verlo, se da cuenta que su actitud es diferente. Se ha puesto pensativo.)* ¡Perdóname, mi amor! Ya lo dije, ni modo... Ahora... ¡piénsalo! Verás que tengo razón. *(Silencio.)*

BETINA.- *(Entrando.)* Ya terminé, dejé todo acomodado. ¡Hey! ¿Están aquí...? ¿Qué pasa?

ALFREDO.- Sí... sí Betina, aquí estamos, todo está bien.

BETINA.- ¿A qué se debe tanto silencio? ¿O es algún secreto?

CECILIA.- *(Risueña.)* ¿Secreto? No... para ti no tenemos secretos ¿no es así, Alfredo?

ALFREDO.- Así es... Cecilia ya se tiene que ir, nada más te esperaba para despedirse. *(Se para y toma el abrigo de Cecilia.)* ¿Te ayudo a ponértelo?

CECILIA.- *(Se para.)* Gracias Alfredo. Efectivamente quiero llegar a reconfirmar la cita de mañana. Quiero que todo salga perfecto.

ALFREDO.- No tardo Betina, voy a acompañarla hasta su auto.

Suena el teléfono, Betina lo contesta.

BETINA.- Bueno... ¿Ricardo? ... Aquí está, te lo paso... Terminamos hace rato pero nos quedamos de sobremesa por eso es que no... un momento...

ALFREDO.- *(Se ha acercado y toma la bocina. Antes de contestar se dirige a ella.)* Betina te puede acompañar porque esta llamada me tomará tiempo.

CECILIA.- *(Se acerca a él y lo besa.)* Está bien, amor, hasta mañana.

ALFREDO.- *(La besa de nuevo.)* Hasta luego. *(Ahora al teléfono)* Perdona, Ricardo, estaba despidiendo... *(Sigue hablando quedo.)*

BETINA.- *(A Cecilia.)* Si quieres podemos ir saliendo.

CECILIA.- Vamos... ¿no usas bastón para... andar fuera de tu casa?

BETINA.- Este pasillo de los departamentos y la calle hasta llegar al supermercado, que son tres cuadras, los recorro hasta con los ojos cerrados, sin ningún problema. Me siento segura... cuando voy más lejos... sí necesito algo de protección. Vamos. *(Las dos salen.)*

OSCURO

CUADRO 3

Se ilumina el área del Café. Es al día siguiente en la tarde. Alfredo y Betina llegan. Ahora ella trae un bastón doblado. Alfredo le ayuda a sentarse. Va hacia la barra y ahí habla a un supuesto mesero.

ALFREDO.- Dos cafés americanos, por favor.

BETINA.- ¡Ay, Alfredo! Siempre le estaré agradecida. Si no hubiera sido por ese maravilloso contacto que es Cecilia, nunca, fijate, nunca nos habiéramos dado cuenta del valor... y luego... también fue providencial el que los encontrara cuando ya ustedes andaban...

ALFREDO.- Se lo debemos a ella, efectivamente. Ahora nada más falta que el cliente se sostenga en lo que ofreció...

BETINA.- ¡Cuarenta mil dólares, libres! Por unos dibujos de Diego... Papá decía la verdad.

ALFREDO.- Yo siempre creí que lo inventaba porque... era muy soñador...

BETINA.- A mí me contaba cuentos, cuentos que a él se le ocurrían.

ALFREDO.- Por lo visto esta historia de que se encontraron en un bar y que... después de varias copas nomás porque sí... porque le dio su gana se los regaló.

BETINA.- No fue nomás porque sí, en cierta forma papá le sirvió de confesor o psiquiatra o como quieras llamarlo, porque según recuerdo ese día, Rivera se sentía deprimido y papá lo escuchó durante largas horas.

ALFREDO.- Pero entonces Diego Rivera era... no tenía nombre, todavía no era conocido... y papá un jovencito... ¿Por qué los guardó? ¿Intuición acaso?

BETINA.- Sentimental... tal vez. ¡Y yo los encontré! Es como una lotería.

ALFREDO.- ¡Ah! Ya están los cafés, voy por ellos. *(En la barra en una pequeña charola están las dos tazas. Alfredo se levanta, los toma y deja un billete.)*

BETINA.- Huelen delicioso. Con razón te gusta venir... ¡Ay!... pero ¿qué me pasa? Me estoy volviendo ingenua, si ahora ya